

Yo tengo ya la casita

Por Arq. Luis V. Badillo, AIA, CAAPPR / ESPECIAL PARA CONSTRUCCIÓN

A partir de la década de 1950 hasta finales de la década de 1960, en Puerto Rico algunos de nuestros más talentosos arquitectos y planificadores urbanos se esmeraron en el diseño de noveles desarrollos residenciales que contenían vicios y virtudes, pero que se plantearon con un genuino compromiso intelectual. Nuestras casas del momento resultaban en pequeñas pero hermosas máquinas “modernas” de habitación, diferentes a todo lo que hasta entonces conocíamos, limpios y sencillos objetos, los cuales muchos nunca llegarían a apreciar.

EL PRIMER DÍA

Mi primer recuerdo es desde el suelo, un suelo limpio y frío de terrazo integral color caramelo, mi hermano corría festivamente por todas partes, mientras que mi hermana recién nacida, dormitaba en su cochecito bajo la mirada embelesada de mi abuela. Mis padres, entusiasmados, jóvenes e inmensos, bajaban cajas del compacto “Opel” acomodándolas en aquella casa vacía. Recuerdo aquel olor feliz que solamente tienen las cosas nuevas y es que en 1959, hasta nosotros éramos nuevos.

Aquella casa era diferente a la de mis abuelos, donde había vivido mis primeros años. Esta era clara, brillante y sencilla, sus techos planos sin tejas ni molduras, sin elaboradas rejas cubriendo pesadas ventanas cuadriculadas en madera. Aquí las ventanas eran simples huecos transparentes y las puertas eran sencillas, lisas y blancas. No había espacios oscuros ni húmedos, no había nada bajo el piso, ni tampoco nada sobre el techo, la sala tenía una amplia puerta que doblaba sobre si misma abriendo generosamente al patio posterior. Hasta los muebles, que pronto comenzaron a llenarla, también eran diferentes, éstos eran livianos, de maderas claras y tapizados geométricamente estampados en

colores escandalosos. Estábamos por primera vez, en la historia de mi familia, en una casa “moderna”

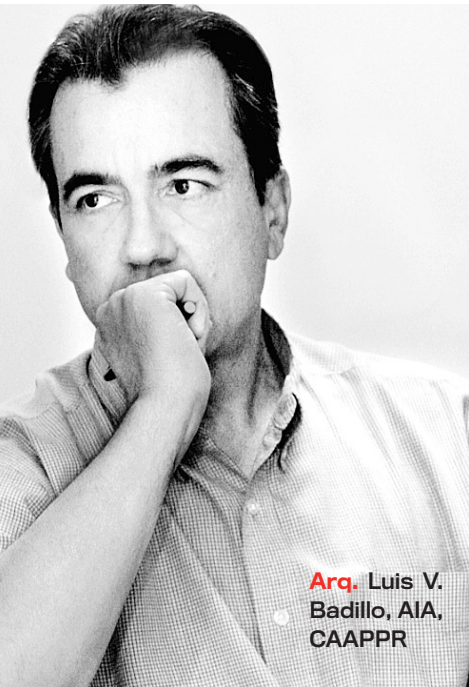
ALGUNOS AÑOS DESPUÉS

Pocos años más tarde, durante nuestras caminatas a la Academia, por aquellas largas aceras flanqueadas por ajustadas casitas, fui testigo de una concertada lucha contra su sencillez. Las intervenciones de los dueños, quienes comenzaban a “personalizarlas” pronto salpicarían todo el paisaje. Los muritos al borde de las aceras y los balcones “enrejados” se convertirían en la norma, transformando el modesto vecindario de moderna elegancia, en un indecoroso suburbio saturado de una “gangarriosa exuberancia” El orden original sería sustituido por una extraña “arquitectura amateur” en la que todo se valía y de la que nadie parecía responsable.

Al finalizar mis días, durante las sofocantes caminatas de regreso a casa, con mi bulto de rueditas y mi ruidosa “lunchera” observaba cómo grupos de motivados obreros perturbaban una tras otra, aquellas lindas casitas. La fiebre “criollisadora” comenzaba a desfigurar el vecindario, el proceso se repetía una y otra vez, y en pocos meses se concretaban las destructivas remodelaciones.

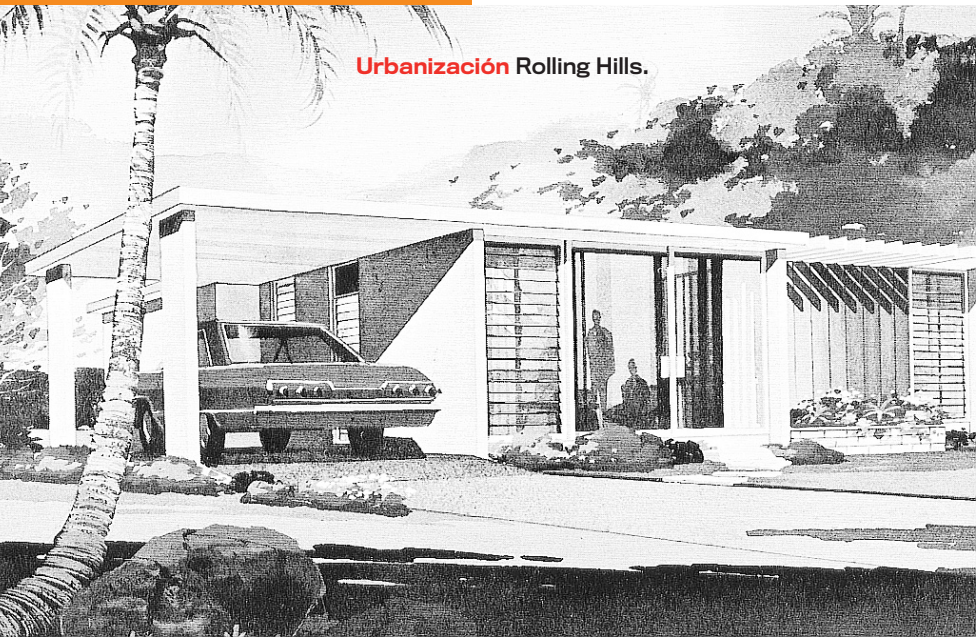
Los jóvenes árboles que apenas comenzaban a manifestarse, regalándole sombra a los carros y a nuestras tardes de juegos, tan sólo duraban las primeras semanas, con lo que el sol de las tardes azotaba las sencillas fachadas. Los patios posteriores se pavimentaban con hormigón pintado en color verde césped, las sencillas puertas de entrada se sustituirían por pesadas puertas talladas, los garajes abiertos se encerraban con elaboradas ventanas y las ventanas se engalanaban con rejas. Ante la ausencia del mínimo recato arquitectónico, aplicaban sin miramiento todo el catálogo “Anti-Moderno”.

Arquitectura



Arq. Luis V. Badillo, AIA, CAAPPR

La Arquitectura atendió las necesidades del momento y aprovechó la oportunidad histórica convirtiendo a la vivienda en la “plataforma de lanzamiento” para un nuevo ideario, una especie de “tubo de ensayo moderno” en el cual se experimentó con ideas, formas y materiales.



DE LO SENCILLO A LO INVIVIBLE

Las modificaciones no se limitaban a los primeros meses, con los años las “mejoras” continuaban, luego venían las molduras, las columnitas “corintias” soportando pórticos “entejados” enfatizando las entradas que nadie usaría y en todo su frente construirían una alta verja con rítmicas pilastras, cada una con su obligada lamparita... El daño se hacía “permanente” y la pérdida era total.

Muchos de los que habitaron aquellas lindas casitas, desconocieron el valor de su parquedad y confundieron su austeridad con pobreza y su limpieza con “simplismo” Lo anterior formuló una rebeldía contra el “minimalismo” produciendo una “inhábil” ola modificadora, que resultó en una substracción de virtudes y la imposición de errores.

Arquitectura



El autor es arquitecto/socio de MÉNDEZ, BRUNNER, BADILLO & ASSOCIATES y Consultor de La Escuela de Arquitectura, PUCPR. Puede escribir a luisvbadillo@cs.com o acceder a www.mbbarchitects.com.

¿CUÁNDO COMENZÓ TODO?

En el siglo XIX, como resultado de la Revolución Industrial, ocurrió un significativo desplazamiento poblacional del campo hasta los nuevos centros de trabajo, lo que convirtió a la vivienda en un asunto de particular urgencia social.

La industrialización trajo además consigo, un vocabulario propio que pronto sería acogido por la arquitectura. La franqueza de expresión con poca o ninguna ornamentación, el “pragmatismo” en la selección de materiales y sistemas, y el énfasis en la misión funcional de las edificaciones, sentó las bases para una nueva estética que evolucionó en el Modernismo.

La arquitectura atendió las necesidades del momento y aprovechó la oportunidad histórica convirtiendo a la vivienda en la “plataforma de lanzamiento” para un nuevo ideario, una especie de “tubo de ensayo moderno” en el cual se experimentó con ideas, formas y materiales. Temprano en el siglo XX los arquitectos en Europa se adelantan en la enunciación de estas nuevas propuestas, mientras, que en los Estados Unidos en lo que se refiere a la vivienda individual, las “estrictas” líneas europeas del “Modernismo” no gozaron de una popularidad que permitiese su masificación.

Ya en los 1930, Frank Lloyd Wright con sus “Natural Houses” comienza a definir una alternativa, que se conocerá como “Arquitectura Orgánica”, un Modernismo suavizado, donde el objeto se hace amable, mediante el empleo de materiales naturales y la integración a su entorno inmediato.

A comienzos de la década de 1940, Puerto

Rico enfrenta también grandes retos habitacionales como consecuencia del desplazamiento poblacional provocado por nuestra propia y tardía revolución industrial, así como por el retorno de los veteranos de guerra. Para ese momento construimos suburbios y ciudades, en los que se intentó implementar algunos de los conceptos de avanzada disponibles entonces. A mediados del siglo XX, tuvimos la fortuna de poder referirnos tanto a los postulados de la arquitectura “Orgánica” como a los “asépticos” principios “Modernos” europeos, cuya sobriedad se traducía en eficientes soluciones, que propiciaron la construcción masiva de viviendas, asequibles para un gran sector de la población. El verdadero reto que enfrentó en nuestra Isla la oferta “Modernista” residencial, no consistió en la calidad de aquel primer producto, sino en que el puertorriqueño del momento, nunca se sometió a la sobriedad de la “Nueva Propuesta Estética” lo que sirvió como excusa para futuros desarrollos de preocupante superficialidad.

Hoy día, cuando visito estos vecindarios, irreconociblemente transformados, al transitar sus calurosas calles sitiadas por inhóspitas casas en perenne construcción, con excesos y errores difíciles de enmendar, intento remontarme en el tiempo hasta aquel primer momento. El feliz día “con olor a nuevo” cuando cumpliendo uno de sus más entrañables sueños, contemplando su nueva y flamante propiedad, aquel puertorriqueño lleno de una satisfacción que poco le duraría, murmuró para sí mismo citando a Rafael, “Yo tengo ya la casita... será una casa ideal y entre romances y flores formaremos nuestro hogar”.

